

ayer? Sin duda es, dice M. de Broglie, que las disposiciones de los lectores se han modificado, y porque aquello que querían ver bendecir y respetar en 48 consienten y les parece bien que se maldiga en 1856. Pero obsérvese bien, no se trata aquí de un pequeño círculo de hombres ilustrados; son las masas á las que procura complacer la prensa democrática; son, por consiguiente, las masas las que desertan del cristianismo. "Ó mucho nos engañamos, ó hay en esto materia para las más graves y dolorosas reflexiones," (1).

¿En qué consiste que la reacción católica se incline ya á una reacción contraria? La causa debe buscarse, dice M. de Broglie, en la reacción misma y en sus excesos. Los reaccionarios se complacen en oponer la razón á la fe, considerando aquella como enemiga implacable de la religión; cuando los campeones de la Iglesia hablan de la razón, parece que la amenazan con el gesto y que quisieran anonadarla. Según ellos, esa misma hostilidad existe entre la sociedad moderna y la Iglesia. Si hubiéramos de creerlo, todo es malo, anticristiano, anticatólico, en los principios de nuestra civilización; las leyes civiles y políticas, el movimiento de la literatura y de las artes, el desarrollo industrial y científico, todo es condenado y anatematizado por ellos. La prensa católica se encarniza, sobre todo, con los principios del 89; la libertad religiosa le es soberanamente antipática, y sostiene que la Iglesia no la puede aceptar nunca de buena fe; el mismo amor la merecen las libertades políticas; y siendo su dogma el poder absoluto, proscriben todas las garantías constitucionales como frutos del orgullo humano; el régimen que preconiza es el de la arbitrariedad en toda su ruda crudeza. ¿Cuál debe ser la inevitable consecuencia de semejante predicación hecha en nombre de la Iglesia? La de que todos cuantos aman la libertad y la razón se alejen con odio de una religión que proscriba la razón y la libertad (2).

No es esto una simple hipótesis; á medida que avanza la reacción católica, aumentan en odio y en vehemencia las pasiones anticristianas. El abate Meignan, cuya prematura muerte lamentamos, va á decirnos los progresos del movimiento antirreligioso en Francia. Ya en 1815 escribía Montlosier: "El pueblo francés detesta á los sacerdotes," y añadía: "El odio del sacerdote nace, por una parte, de su tendencia á invadir toda la vida, y por otra parte, del espectáculo que ofrecen sus esfuerzos para unir á los medios espirituales todos los medios humanos á fin de alcanzar aquella posesión." Después del 48, la hostilidad contra el cristianismo iba creciendo: "No solamente se multiplicaban las agresiones dirigidas contra el clero, sino también los ataques contra todo lo que más veneran los católicos, contra el poder de los fieles, contra nuestros santos libros, contra las creencias fundamentales del cristianismo. Esos ataques se producen con tal uniformidad en el seno de los partidos más habituados á combatirse, con tal tenacidad y persistencia, que en ellos debe verse el indicio de un considerable cambio verificado en la opinión... El escepticismo, digámoslo mejor, el ateísmo se pronuncia en las regiones de la ciencia, mientras que entre las masas se declara un odio brutal al sacerdote," (1).

Hay una causa de ese movimiento anticristiano que los escritores católicos no se atreven á revelar; se llaman católicos romanos, y participan, al menos en apariencia, de las ideas supersticiosas que la reacción ha puesto en boga, y no ven que una recrudescencia de supersticiones produce fatalmente una recrudescencia de incredulidad. Y, en efecto, es en el elemento supersticioso del catolicismo donde la incredulidad tiene su origen y su justificación. Hé ahí por qué viene acompañando al cristianismo desde su origen y se propaga á medida que se desarrolla la libertad de pensar. ¡Cuánta no debe ser su fuerza en un siglo en que todas las aspiraciones y todas las necesidades nacen de la libertad intelectual! ¡Y, sin embargo, es esta época la que ha escogido la Iglesia para erigir en dogma la superstición y para fabricar milagros!

En presencia de los hechos que acabamos de señalar, no es necesario ser profeta para pronosticar el resultado final de la reacción católica. Si es cierto que la oposición de la Iglesia y de sus defensores á todas las tendencias de la humanidad moderna aparta los ánimos del cristianismo romano, preciso es confesar que la encíclica de Pío IX,

(1) ALB. DE BROGLIE, *Caracteres de la polémica religiosa actual*, 1856 (*El Correspondiente*, t. XXXVIII, p. 484-487).

(2) ALB. DE BROGLIE, *Caracteres de la polémica religiosa actual* (*El Correspondiente*, t. XXXVII, p. 491-498).

(1) El abate MEIGNAN, *Movimiento antirreligioso en Francia* (*El Correspondiente*, 1859, t. XLVI, p. 229, 241, 242).

proclamando esa hostilidad desde lo alto del Vaticano, ha sido la última hora del catolicismo: está muerto en el terreno de las ideas. Que pueda durar aún por espacio de siglos, ¿qué importa? ¿No se ha visto el paganismo sobrevivir á la filosofía y aún al propio cristianismo cuando realmente estaba muerto? ¿No se han visto sociedades políticas, sin principio vital, vegetando durante mil años, como el Bajo-Imperio por ejemplo? Cadáveres que viven con una apariencia de vida, sólo esperan que Dios les entierre. En tal estado se encuentra el catolicismo; está muerto desde el día en que el primer librepensador le ha repudiado, porque la razón, cuando no tuviese por órgano más que un solo hombre, acaba por destruir las instituciones que parecen más fuertemente arraigadas.

## IV

En el momento en que escribimos (1), el protestantismo en Alemania está dominado por la reacción; las cátedras de las universidades, ocupadas en otro tiempo por profesores racionalistas, las desempeñan hoy hombres que alardean de ortodoxia, proclamándose partidarios de las antiguas confesiones de fe. Los consistorios están invadidos por cristianos celosos de la fuerza de su creencia, y velan asiduamente para que los pastores prediquen la palabra de Dios, tal como se la escuchaba en tiempo de Lutero. Y ¡cosa singular! el eminente pensador que á principios de nuestro siglo llamó á las clases ilustradas á los sentimientos de religión, Schleiermacher, venerado durante tanto tiempo como un padre de la Iglesia protestante, pasa hoy día por un incrédulo. ¡Ay del imprudente pastor que se atreviere á enseñar su doctrina! Sería vituperado, censurado, y quizás destituido (2). Los prudentes y los ambiciosos lo han comprendido, y rivalizan en ortodoxia estrecha, medio seguro de llegar á los honores.

Los triunfos son funestos á los hombres del pasado; mientras que ocultan su bandera, la humanidad los soporta; por eso tienen buen cuidado de ocultarla los que son avisados y cuerdos. Los ortodoxos protestantes, lo mismo que los ultramontanos, tienen siempre en la boca la palabra

(1) 1866.

(2) SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitschrift*, 1865, p. 237.

libertad; pero desde que ponen manos á la obra, se ve que también entre los discípulos de Lutero hay más de un papa. Nada más antipático á los pueblos modernos que la dominación clerical; soportan el despotismo, pero no soportan la inquisición. De ahí una reacción contra el movimiento confesional; mejor dicho, ese movimiento es enteramente ficticio, obra de unos cuantos teólogos que se afanan por encender una fe que ellos mismos no tienen; nace su ortodoxia de una vaga necesidad de creer; pero no cree todo el que quiere, y no teniendo la ingenuidad de la fe, se descoyuntan por resucitar creencias que el espíritu humano tiene abandonadas y que no recobrará ya. En esa ortodoxia de encargo hay más cálculo que religión; por lo menos, se encuentra inspirada por la política tanto como por el Evangelio; y en realidad, allí está su única fuerza. ¿Quién no ve que eso sólo es un principio de debilidad? Los hombres, á quienes verdaderamente preocupa la religión, desconfían de una agitación religiosa que se apoya en la reacción del despotismo por los excesos de la libertad; aquellos á quienes queda algún afecto á la Reforma rechazan con desprecio doctrinas que saben á ultramontanismo; y en cuanto á aquellos que han desertado de la Iglesia oficial, porque ya no pueden creer en los dogmas que ésta enseña, se concibe que se alejen con tedio de las cátedras en que los profesores ensalzan el cristianismo tradicional. Y no hay que decir que todos cuantos aman la libertad rechazan como enemigos personales á los reaccionarios religiosos lo mismo que á los reaccionarios políticos (1).

Esta no es una ilusión de librepensador, es un hecho que los mismos jefes de la reacción reconocen al mismo tiempo que la deploran. Y no es una confesión, son ayes de angustia los que exhalan los sacerdotes impotentes al declamar sobre las ruinas de Roma. La reacción tiene á su lado los principes, dispone de las facultades de teología, cuida de no llamar al ministerio sagrado más que á hombres de fe ó que se llaman tales; no le falta más que una cosa, el concurso de los fieles: es decir, que le falta todo. El único hombre de talento de quien la reacción puede vanagloriarse, Stahl, exclamaba en 1859 con verdadero desaliento: "Las

(1) SCHENKEL, *die kirchliche Frage und ihre protestantische Lösung*, p. 319, 321 y siguientes.

masas están contra nosotros, el espíritu del tiempo está contra nosotros,, (1). En 1861 se reunió en Berlín una conferencia de pastores, á la que fué llamado Stahl para pronunciar el discurso de apertura; tomó por asunto la situación actual del mundo y el estado de la Iglesia. Según el orador ortodoxo, ¿cuál es el carácter que distingue la humanidad moderna? Dice y repite que es el abandono de la fe, la negación de la verdad sobrenatural, la guerra contra los mandamientos de Dios (2). Hay seguramente heroísmo en luchar contra el espíritu del tiempo; pero también hay una incurable ceguera. Esos navegantes contra la corriente creen que los pueblos van á volver á los altares que han abandonado, porque está escrito que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia: tanto valdría hacer refluir un río hacia su origen.

Un pastor protestante que pertenece á la escuela avanzada escribió hace diez años la historia de la teología moderna; el autor creía que la reacción ortodoxa tenía un grande porvenir; y, en efecto, todos los poderes establecidos la favorecían. Pasan ocho años, y la segunda edición hace constar la irremediable decadencia de la ortodoxia (3). Y no es que haya perdido su influencia oficial; en apariencia continúa siendo dueña del campo; pero se parece á los sepulcros blanqueados de que habla la Escritura; en lugar de elementos de vida, encierra huesos de muertos. ¿Por qué admirarse de que los hombres se retiren de ese cadáver palpitante? Los reaccionarios buscaban sus inspiraciones en lo pasado, lo cual equivale á buscar la vida en los sepulcros. Sin duda alguna, el porvenir procede del presente, y el presente tiene sus raíces en lo pasado; pero también hay una transformación incesante, que se verifica renovando las creencias y las instituciones, no inmovilizándolas. Ese nuevo principio, ese fermento que engendra la vida, ¿dónde se encuentra? Absurdo sería pedirlo á confesiones formuladas hace tres ó cuatro siglos. Si la conciencia humana hubiese encontrado su satisfacción en aquellos formularios, no les hubiese abandonado. Si se quiere devolver la vida á la religión, hay que inspirarse en las necesida-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuesten Theologie*, p. 503.

(2) STAHL, *Ansprache zur Eröffnung der Berliner Pastoral-Conferenz*, p. 4 y 6.

(3) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuesten Theologie*, páginas 502, 505.

des, en las ideas y en los sentimientos de la humanidad moderna.

Esta simple reflexión condena de una manera absoluta las vanas tentativas de restauración religiosa y política. Se comprende en su caso la restauración política; la fuerza puede imponer el despotismo á un pueblo libre, y eso durará más ó menos tiempo, según la energía de la nación á quien se quiera esclavizar. Pero ¿se concibe el que se fuerce á hombres á que crean lo que su conciencia y su razón se niegan á creer? Se puede mandar la ortodoxia á una facultad universitaria; se pueden hacer pastores ortodoxos haciendo de la ortodoxia un oficio de pane lucrando ó un medio de favor. Pero no hay poder humano que sea capaz de resucitar creencias muertas. En los países católicos, la Iglesia ejerce esa influencia funesta sobre tiernas inteligencias, á las que vicia y ciega; y á pesar de ello, la sociedad se les va entre las manos. En los países donde domina la Reforma ya no tiene el clero ese imperio sobre las almas: ¡felizmente para las naciones protestantes! En Alemania no es la teología la que influye sobre los ánimos, es la literatura. Un escritor alemán observa que los verdaderos santos de la nación son los grandes genios, cuyos escritos andan en manos de todo el mundo, jóvenes y viejos: Lessing y Herder, Schiller y Goethe, Wieland y Heine, tales son los apóstoles de la Alemania moderna, y todos esos ilustres escritores están fuera ó por cima de las diversas Iglesias; todos dicen con Schiller que ni son católicos ni protestantes por lo mismo que son religiosos (1). ¿Qué puede hacer la reacción ortodoxa en el seno de un pueblo que se alimenta con esas ideas? Es una nube parda que apenas ha oscurecido el sol un instante cuando se disipa y se desvanece.

#### § IV. — Apreciación.

##### I

¿Es la reacción religiosa un verdadero renacimiento de la religión católica? ¿Es debida al carácter divino de la Iglesia? Después de lo que acabamos de decir, la cuestión ni siquiera puede plan-

(1) GERVINUS, citado por RUGB, *Sämmtliche Werke*, t. IX, página 855.

tearse en esos términos. Si el catolicismo fuese la verdad revelada por Dios, no se concebiría que tuviese necesidad de una regeneración. Los hombres son ávidos de la verdad; y si hubiese entrado en los designios de la Providencia el habérsela revelado directamente, ¿se concebiría que la humanidad desertase de la verdad para abismarse en las tinieblas del error á medida que se ilustra? Expliquen-nos los apologistas del cristianismo tradicional cómo y por qué los pueblos modernos tienen semejante pasión al error y tal horror á la luz. Hé aquí otra contradicción que arguye otra imposibilidad. Las clases en las que la religión oficial encuentra más firme apoyo son aquellas en que más reina la ignorancia: el catolicismo ha venido casi á ser la religión de los campos, de igual modo que al declinar el gentilismo, sólo entre los campesinos encontraba ya prosélitos. ¿Sería que la verdad divina estuviese obligada á refugiarse entre los hombres sin ilustración y sin cultura? ¡La verdad divina sería entonces patrimonio casi exclusivo de una credulidad ignara y de una crasa superstición! Y para mantener las poblaciones en la fe revelada por Dios, ¿será necesario encadenar su inteligencia, ó habrá necesidad de que la Iglesia se apodere de los niños al nacer, y que altere en ellos el órgano del pensamiento libre? ¿Sería preciso cegar á los hombres para que la luz divina los iluminase más y mejor? (a).

Pongamos la realidad de las cosas al lado de esas extrañas ilusiones. Lamennais ha representado un gran papel en la reacción católica; se puede decir que es él el que inauguró el ultramontanismo en Francia. En 1832 se hallaba en Roma procurando convencer á los príncipes de la Iglesia de la necesidad de aliar la religión y la libertad, y sabido es el recibimiento que le hicieron las momias romanas. Pero lo que nos interesa aquí es saber la impresión que produjo en Lamennais la Ciudad Eterna, donde tiene su trono el vicario de Dios. Oigamos lo que dice en una carta de fecha 1.º de Noviembre de 1832: "El catolicismo era mi vida, porque es la de la humanidad; quería defenderle, quería sacarle del abismo en que se iba hundiendo

(a) Nos parece poco fuerte el argumento, y fuera de él, las consecuencias que saca el autor, el cual se coloca en mal terreno para defender una tesis que hasta cierto punto es evidente y que no necesita defenderse con argumentos volterrianos. Edgar Quinet se coloca en terreno más seguro y más sano y más inexpugnable.—(N. del T.)

día por día; nada era más fácil. Pues los obispos han descubierto que esto no les convenía. Quedaba Roma, y he venido á Roma, donde he visto *la más infame cloaca con que han podido nunca mancharse las miradas humanas. La gigantesca alberca de los Tarquinos: sería estrecha para dar paso á tantas inmundicias. Allí no hay más Dios que el interés, y se venderían pueblos, se vendería el género humano, se venderían las tres personas de la Santísima Trinidad, una después de otra ó todas juntas, por un rincón de tierra ó por algunas piastras.* He visto eso y he dicho para mí: el mal es más grande que el poder del hombre, y he apartado la vista con asco y con horror,, (1).

¡Qué revelación! Los reaccionarios cantan el triunfo del catolicismo, y hé ahí un sacerdote de verdadero genio que visita la ciudad de los apóstoles y retrocede espantado á la vista del abismo que se abre á sus pies, abismo de vil corrupción y de repugnante decrepitud. ¡Y se quiere que de semejante cloaca infame salga la regeneración del mundo! Lamennais dice que sería necesario un milagro para salvar al catolicismo. Atrevámonos á decir que Dios mismo no podría hacer brotar la vida donde no hay más que semilla de muerte. El catolicismo ha llegado al punto en que estaba la religión pagana al fin de la antigüedad; es un cuerpo del que se ha retirado la vida, y no hay poder, ni humano ni divino, que pueda devolvérsela. Esto sólo sería posible si la religión del pasado consintiese en transformarse; pero el catolicismo es irreformable, por lo mismo que pretende estar en posesión de la verdad absoluta. La verdad absoluta es un fundamento incontestable, en tanto que los hombres creen en él; pero desde el momento que dejan de creer, el edificio se desmorona.

Dejemos allá á la Ciudad Eterna, y veamos lo que pasa ante nuestra vista. Se decanta la religión católica y se pretende que el cristianismo tradicional triunfa por todas partes. Comprenderíamos esos gritos de triunfo si la reacción hubiese producido esa regeneración en las almas que forma el signo de un movimiento verdaderamente religioso. Pero dirijamos la vista á nuestro alrededor é indagemos dónde está la nueva vida engendrada por el catolicismo. Todo lo que vemos es una recrudescencia de ceremonias y de prácticas supersti-

(1) LAMENNAIS, *Correspondencia*, t. II, p. 247.